

## **México**

**Autor: Manolo Campa**

Mi esposa y mis hijos son las personas más afectadas por mi manera de ser. Conocen mis defectos y mis virtudes, mis criterios y mis manías. ¿Me aceptan como soy? No lo creo.

Me sobrellevan, no me contradicen cuando mi postura no daña. Pero cuando soy "la piedra en el camino" de algún evento, me toreaan y como se hace con los toros de lidia, acaban por llevarme a donde ellos creen que me conviene estar. Se unen para hacerme el bien al que me opongo por terco.

Cuando "conspiran" para preparar un viaje, me entero cuando de mi ropero desaparecen, de pronto, las camisas, camisetas, calzoncillos, calcetines, y aparece al pie de mi cama una maleta lista para partir en menos de 48 horas.

Tiempo atrás, a la sorpresiva aparición del equipaje, le siguió el razonamiento de mi mujer para "venderme" las delicias y ventajas de un viaje a México, ya preparado. Como estaba sobre aviso, con disimulada resignación, exclamé jubiloso: ¡Pos ándele pues... a México con mil amores!

El tiempo de vuelo fue de dos horas y media. La temperatura en Ciudad México era fresca y agradable, como en un soleado día de invierno en Miami. En el recorrido del aeropuerto al hotel recibí la primera muestra de lo complicado del tránsito y la eminencia de los choferes mexicanos.

Después de acomodarnos, sin descansar, salimos en un "tour" por la ciudad. Visitamos el Palacio Presidencial y la Catedral. Seguimos hacia la famosa Ciudad Universitaria donde está el Estadio Olímpico. Dimos una vuelta por el parque de Chapultepec.

La noche fue emocionante: Teníamos entradas para el Ballet Folklórico de México que comenzaba a las 8:30 en el Palacio de Bellas Artes, situado a unos 25 minutos del hotel. El chofer encargado de recogernos a las 7:45, apareció a las 8:20 en un minibús VW del tiempo de los "jipis". Se excusó amable y sonriente, y prometió que llegaríamos a tiempo a la función.

Y efectivamente llegamos en diez minutos espeluznantes. Nos sentamos cuando se descorría el telón. Este espectáculo es digno de verse más de una vez. La magistral coreografía enlaza la música y el baile de diferentes regiones en un marco de típico colorido mexicano.

Rompo aquí el orden de este relato para rendir homenaje a los choferes de la capital mexicana... ilos mejores del mundo! Nunca había visto hacer tantas barbaridades manejando tan bien. Sin causar accidentes, son capaces de circular en una avenida de tres sendas, media cuadra en contra del tránsito, ignorando flechas y regulaciones. Fuimos a basílicas e iglesias que invitaban al recogimiento y la oración pero recé con más fervor cuando utilicé los taxis.

Visitamos la Basílica de Guadalupe. Un impresionante templo obra de arte de la moderna arquitectura religiosa. Pero lo que nos conmovió profundamente allí fue la fe del pueblo mexicano. Tuve que hacer esfuerzos para controlar las lágrimas cuando una madre, de rodillas, se dirigía hacia el altar. El esposo llevaba un sencillo manojito de flores de varios colores. Los hijos, cuatro o cinco, los acompañaban respetuosos.

Dentro de ese singular y maravilloso México, late un profundo sentido de cristianismo. Comprobamos aquello que dijo Juan Pablo II: "... el 97% de los mexicanos son católicos, pero el 100% son guadalupanos".

En síntesis: Visitamos Teotihuacán, el Templo de Tlaloc y Quetzalcoatl y las pirámides del Sol y la Luna. Decliné la invitación a subir la más alta de las dos pirámides. Ascender no me impresionaría mucho si subía sin mirar hacia abajo... descender sí porque no podía dejar de ver lo que me faltaba para llegar al suelo... y lo perpendicular y estrecho de los escalones.

Otro día fuimos a Cuernavaca, la ciudad de la eterna primavera, donde está la más antigua Catedral de América. Seguimos ascendiendo la Sierra Madre por una moderna y bien cuidada carretera hasta llegar a Taxco, la colonial ciudad de la plata. Mi esposa se arrebató comprando regalos de plata para toda la familia incluyéndome a mí que ostento, desde entonces, un pulso con mi nombre, varonil, claro está, en la muñeca derecha.

Me deslumbró la belleza de la ciudad enclavada en la ladera de la montaña y sobre todo la magnificencia de la Iglesia de Santa Prisca.

Regresando del hotel hacia el aeropuerto nos recogieron con sólo quince minutos de retraso. Casi llegando a la terminal aérea al taxi se le ponchó una goma. El atento chofer nos dijo que en cinco minutos estaríamos de nuevo en marcha. Y así fue. Sin remover las maletas del baúl del automóvil, sacó la goma de repuesto y las herramientas, y en siete minutos volvimos a ponernos en marcha.

México me gustó... me gustó mucho. Pero fue el trato afable, cálido y cordial de los mexicanos lo que hizo muy grata nuestra estadía en la tierra del mariachi, los colores vivos y el picante. Por esas amabilidades y para ver más de lo que no tuve tiempo de ver, volveré.